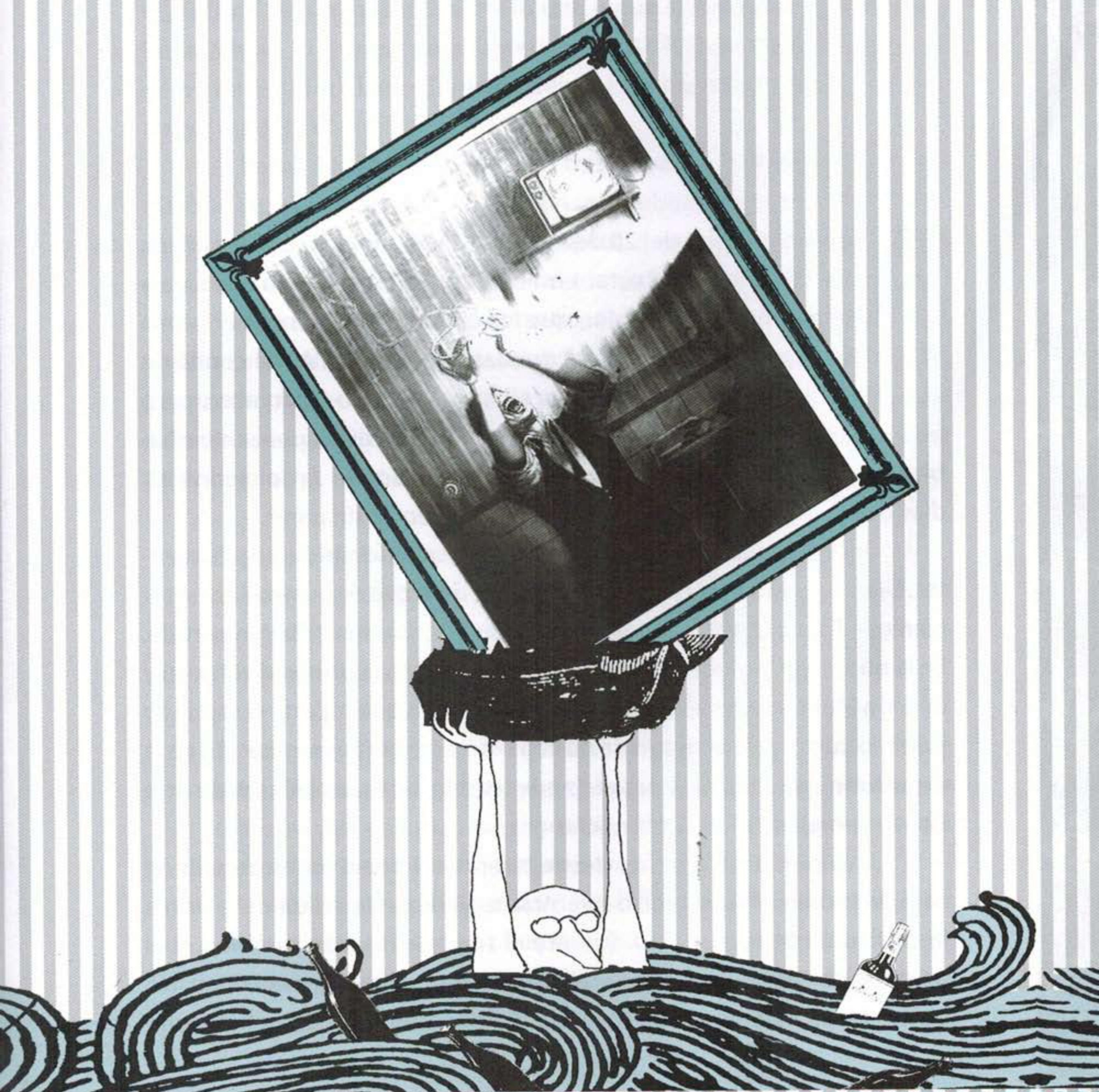



Javier Ramírez

El barco borracho que murió en tierra ajena





Aquella mañana del 20 de mayo de 1994, Javier y su compañera, Alicia, tenían que estar en el aeropuerto de Guadalajara muy temprano, pues el avión que los conduciría a Monterrey partía a las 07:00 horas. Sin embargo, se quedaron dormidos. Alicia confió en que Javier se despertaría antes que ella, como era su costumbre, pero no fue así. Quizá estaba cansado, pues hacía dos días apenas que habían regresado de un largo viaje por Oaxaca, donde Javier todos los días bebió mezcal; llevaba ya dos meses bebiendo sin parar.

Alicia se levantó y le habló a Javier, quien se levantó a regañadientes. Ella le ayudó a vestirse, y él, dócilmente, dejó que dispusiera lo que tenían que hacer. Cuando llegaron al aeropuerto, el avión ya había partido. En la oficina de la aerolínea les propusieron viajar a la ciudad de México y de ahí a Monterrey, pues de otra manera tendrían que esperar el segundo y último vuelo, bajo el riesgo de no llegar a tiempo a la inauguración de la exposición *Jalisco, genio y maestría* que tendría lugar en el Museo de Arte Contemporáneo (*Marco*) esa noche.

Javier empezó a beber desde temprano. Bebió antes de salir de casa, bebió en el aeropuerto mientras esperaban la salida del avión a la ciudad de México, bebió durante el trayecto, lo hizo también en el aeropuerto capitalino y en el viaje a Monterrey, y se negó a comer. No obstante, se veía contento, sonreía continuamente y escuchaba con



atención lo que Alicia le contaba. Ese día se mostró más amable que nunca, más caballeroso que nunca y más condescendiente que otras veces. No tenía ninguna prisa, quizá porque intuía que se acercaba su final y no quería desperdiciar ni un segundo en disgustos o contratiempos; además, beber era para él -desde hacía mucho y después de la pintura- un fin en sí mismo y lo único que tenía sentido. ¿Pintura y bebida eran lo mismo para Javier Campos? Tal vez, porque como lo dejó escrito en su diario *Carácter* "dejar el chupe, me dicen. Qué tonte-ría, yo no dejo el arte".

Al llegar a Monterrey, entre las tres y cuatro de la tarde, de inmediato se instalaron al hotel. Les dieron una habitación lujosa. "Me siento como ejecutivo", debió haber dicho Javier, quien sacó del servibar dos pequeñas botellas de whisky y se las tomó de un sorbo. Decidió darse un baño en la tina, y mientras se metía, siguió en su papel de ejecutivo, para lo cual le dijo a Alicia: "Necesito dos o tres secretarias más o menos buenas porque quiero dictar una carta". Alicia se puso a su disposición. Bromearon, y por fin él le dictó lo que sería su última declaración de principios:

Ciudad de Monterrey

20 de mayo de 1994.

Inauguración de la exposición: Jalisco, genio y maestría.

"Galería Nocturna".

Ya no sentía ni tristeza ni dolor, ni siquiera ganas de subir al árbol donde habita el pájaro (chango) de la esperanza. Sentía el terror de la muerte que todos me vaticinan, pero no tengo tiempo de morir. La muerte es una hija bastarda de la vida donde el sepulcro es un lugar sin límites.

No quiero hacer filosofía de lo que pienso. Nadie sabe más que los demás. Odio a las personas que se creen más inteligentes que la televisión; pequeños hombrecitos que tragan pinole y lo vomitan. La gente del



pueblo es sencilla, pero esa sencillez es terrible. Son terribles, amorosos, feos, hijos de su pinche madre.

Porque uno se muere en la pintura y prefiero morir que pintar para los burgueses. Me gustaría pintar cuadros que estuvieran en cuartos de hotel de quinta categoría, para edificios muertos donde los elevadores no sirven, me gustaría pintar en el baratillo y como una especie de nostalgia, pintar los muros de la antigua central camionera.

Bebo para olvidar algo que ya olvidé, por eso bebo, para recordar. "Bebo para recordar lo olvidado". Soy de esos tontos incurables que recuerdan haber olvidado cosas como los viejos cines, el Rex, el Park, el Sorpresa, el Roxy y el Obregón. Quiero nombrar lugares. El King Kong, La Comanche, El Uno Dos Tres, el bar de la 52 y otros bules que resulta innecesario nombrar porque han sido dejados de la mano del ser humano. El ser humano es una obra maestra de la naturaleza, violento y bastante pendejo, amoroso, tierno, estúpido, pero a la vez inteligente. ¡Bien trucha!

Llegaron al *Marco* —que estaba lleno de gente— cuando la inauguración ya había iniciado. Luego de recibirlos, una persona condujo a Javier a las oficinas del museo para que firmara algunos documentos relacionados con su estancia. Mientras tanto, Alicia se dedicaba a saludar a amigos y conocidos. Una vez de regreso, Javier optó por sentarse junto a la mesa de los catálogos y le dijo a Alicia que ella recorriera la exposición, que él vería las obras en el catálogo. Mientras hojeaba un ejemplar, le ofrecieron tequila, que había en abundancia. Entretanto, algunas personas se acercaban a saludarlo.

Javier no tenía mayor interés en la exposición, sin embargo le satisfacía haber sido incluido en una muestra de tal relevancia. De él se exhibieron los cuadros *Escena IV*, de 1986, y otro con el mismo título pero de 1987, así como *Recuerdo de infancia*, de 1989, y *El barbero* de 1990, todos propiedad de Claudio, su principal coleccionista y mecenas.

Considerado uno de los mejores pintores de su generación, Javier opinaba que el artista debe trabajar las 24 horas del día, ya que



“la creatividad tiene que ser un trabajo doble; hasta en los sueños está uno trabajando.” Por otra parte, despreciaba a quienes consideraba “pintores juniors”, que en su opinión podrían tener talento pero les faltaba academia, pues para él era “vital pasar por la academia, porque aparte de la disciplina de cuatro horas diarias, aprendes dibujo, a trabajar el desnudo, taller, teoría. Muchos pintores no saben dibujar, no podrían hacer un torso. Tenemos que estudiar.” Y sí, él había estudiado de 1974 a 1979 en la Escuela de Artes Plásticas de la Universidad de Guadalajara y había pertenecido al Taller de Investigación Visual a principios de los ochenta.

Javier no se sentía capaz de hablar acerca de su propia obra, ya que consideraba que “los pintores cumplimos con nuestra tarea de pintar y a la gente le queda la responsabilidad de decirlo. Esa sensación en el momento de crear la imagen no puede uno armarla en un discurso.” Sin embargo, en una ocasión refirió de dónde venían los elementos de su pintura:

Lo que pinto son recuerdos; casi siempre vivimos en casas antiguas, muy oscuras. A veces no había luz y alumbrábamos con aparatos. Esa penumbra a mí siempre me alucinó. En eso baso mi obra, en esos recuerdos, y por supuesto, también en la tradición marcada por Rembrandt, los pintores de los Países Bajos, y otros que trabajaron lo que llaman “pintura aburguesada”. En mis cuadros aparecen símbolos que forman un lenguaje visualmente aceptado. [...] Hay angustia en mi pintura, es grotesca; en ella muestro gente que conocí. Gente de cuando estuve en la Penal por tres meses con ocho asesinos, y yo de cabrón, en la misma celda. En realidad eso no me marcó, pero vi rostros.

El ambiente en el museo era festivo; un mariachi tocaba sones jaliscienses y el tequila corría a raudales. Javier estaba muy tolerante, incluso con la vorágine de gente y ruido que había a su alrededor. Estaba demasiado borracho, pero no dejaba de beber.



Por lo general era tolerante, respetuoso. Casi todos los días, pero principalmente los fines de semana, recibía en su casa al tropel de cuates (poetas y pintores) que generalmente iban a beber y lo llamaban *comandante*. En esas reuniones se hablaba del fin del capitalismo, de la revolución cubana, del triunfo del proletariado y de las guerrillas latinoamericanas. En ocasiones, se exacerbaba su generosidad y regalaba dibujos y una que otra pintura pequeña. Pero también de cuando en vez se ponía violento, sobre todo cuando consideraba que se estaban metiendo en su vida íntima y privada o estaban demasiado impertinentes. Por esas razones, con un cuchillo le dio un par de tajos en el brazo al poeta Enrique, que por poco muere desangrado, y corrió a golpes a los escritores Óscar y Gabriel, alias "El Chubasco".

En algunas salas del *Marco* se dispusieron mesas para los artistas invitados. Javier fue llevado casi en vilo a una de ellas; lo sentaron a la izquierda del también pintor tapatío Roberto. Javier entró en una especie de *delirium tremens*, y emitía sonidos guturales que llamaron la atención de los presentes; de repente, se desvaneció y cayó sobre las piernas de Roberto. Rápidamente lo auxiliaron. Alicia también había bebido, pero como pudo lo reanimó. Alguien propuso llevarlos al hotel, pero él se negó y exigió seguirla a un bar cercano.

Estando en el bar, Javier volvió a perder el conocimiento y lo llevaron al hotel. Los empleados se percataron del estado crítico del huésped y llamaron una ambulancia que lo trasladó a un hospital. Alicia, pese a su embriaguez, estuvo siempre al lado.

Al día siguiente por la mañana, el músico y matemático invidente, Nacho y Cristina, su esposa, pasaron al hotel para llevar a Alicia y Javier a desayunar, como habían acordado. Ahí les informaron que los huéspedes estaban en el hospital. Allá se dirigieron. Cuando llegaron, Javier estaba encamado y conectado a un frasco de suero. Como pudo, Javier le pidió a Alicia que lo sacara de ahí. Ella consiguió una silla de ruedas, le quitó el suero y lo sacó del nosocomio. Los médicos y enfermeras, conscientes de que ya nada se podía hacer por el paciente, no intervinieron ni pronunciaron palabra.



Ya en el auto, conducido por Cristina, Javier se empezó a desangrar. Los padecimientos que le diagnosticaron —várices esofágicas, úlceras duodenal y gástrica, cirrosis hepática y disfunción cardíaca— hicieron crisis. Al *barco borracho* —como se nombraba en su diario— se le averió de manera irreversible el cuarto de máquinas.

Javier, que un mes atrás había cumplido 36 años, murió de un paro cardíaco el 21 de mayo de 1994 a las seis de la tarde, en Monterrey.

